

Los secretos del cuento

Participan Selenco Vega,
Betty Soto Fernández y Erick Benites

Modera Rodolfo De la Riva Cachay

La narrativa es un mundo disperso. Hay a quienes les gusta bien cocida, hay quien la prefiere ácida y otros sin edulcorante. Hay narrativa, como prefiere Selenco Vega, con una nariz chata, con piel colorida y olor a menta; Betty Soto, en cambio, descubre la narrativa en la sátira, lo fantástico, el romanticismo, la revolución en líneas diminutas; Erick Benites es el tipo de escritor que relame sus labios por los personajes intrépidos y trágicos del pasado. Pues es clarísimo el crisol que presenciamos al leer cualquiera de ellos. Y aprovecho para reafirmar mi postura: la narrativa es un mundo afortunadamente disperso, y que se engendra, únicamente, en la atmósfera más personal del escritor. Por ejemplo, creo que una generación marcada por los años del terrorismo o por la pobreza de librerías o por las series de televisión de antaño, son cosas que están presentes en los propios textos, mas uno no sabe de dónde ni cómo llegan allí, hasta cuando ves al escritor caminando en chancletas por la calle, lo arribas desprevenido y le lanzas la pregunta, casi le reclamas: dime los secretos del cuento. De seguro no pasará nada maravilloso, pero si tienes suerte —yo la tuve— te siguen hasta una mesa y empieza todo.

¿Cómo comenzaron a interesarse en la literatura?

Selenco: Mi iniciación en la literatura fue un poco paradójica. No tiene que ver directamente con la escritura, sino con la oralidad. Me apego a la fantasía. Creo que eso se origina en mi casa. Soy un hijo de inmigrantes de una zona de la sierra de Áncash. Tuve la suerte de rodearme de gente mayor que me contaba los mitos de la sierra.

Recuerdo con cariño las noches de apagones de inicio de la guerra contra Sendero Luminoso. Todos nos reuníamos en la mesa. En especial recuerdo a la tía Blanca, que esas noches contaba mitos, recuerdo el mito de la mujer que se convertía en una burra, por haber cometido adulterio y que en la noche

la cabalgaba un demonio. O los relatos de las piedras rodantes, un relato que narra una rebelión que sucedió a finales del siglo XIX. La policía había cortado las cabezas de los rebeldes y estos se habían convertido en piedras que, también no sé por qué, en las noches de luna llena, pasaban buscando doncellas, mujeres jóvenes para engendrar. Para mí, esas historias no eran imaginación.

De pequeño tenía la idea de que esas historias en realidad habían sucedido. Por eso, cuando leí narrativa real maravillosa me parecía que era muy próxima a mí, fue por esos relatos que fui alimentando lo que después sería mi vocación. Comenzó por medio de historias contadas por mi tía Blanca, que tenía la virtud de ser una gran relatora. Era capaz de pararse en la mesa y jorobarse, ponerse una

manta, era una burra, rebuznaba y nosotros nos creíamos el cuento. De esa forma, poco a poco se fue alimentando en mí el apego por la que sería mi vocación.

Betty: Mi acercamiento con la literatura no fue por leer relatos, sino todo lo contrario. Mi sueño perdido y frustrado fue ser actriz. Desde niña me gustó la actuación. A los seis años andaba en mi patio y creaba historias para actuarlas: yo era la mala, la bruja, la buena, la madrastra y todo. Primero lo copiaba de una novelita, un cuento y luego me di cuenta que podía escribir la trama, le ponía cosas mías. Luego, empecé a crear personajes en la cabeza, todo fue mental. Hasta que decidí escribir esas historias en un diario.

Hasta el día de hoy no he dejado de escribir allí. Aprovechaba mis momentos libres en escribir. En vez de contar lo que pasaba en mi monótona vida, me ponía a escribir historias para actuarlas. Y un día me di cuenta de que me gustaba crearlas y empecé a leer un poco más y ahí fue cuando empecé a escribir.

Básicamente así nació. Les agradezco a los diarios y a estar sola. No era de muchos amigos, así que me la pasaba jugando así. Luego probé suerte en la actuación, pero no me fue bien. Así que me quedé con la literatura (risas) ¡mentira!, no es que fue mi segunda opción, pero así surgió y estoy contenta de que siga así.

Erick: Mi iniciación en la literatura no fue tan real maravillosa como la de Selenco, o tan

dramática como la de Betty. Ya quisiera yo que en el tiempo de Sendero Luminoso mis padres me contaran historias. No fue así. Ahí se apagaba la luz y mi viejo corría a traer una batería para prender el televisor de nuevo (risas). No sabía leer, mi familia no es gran lectora, la mayoría son ingenieros, empresarios o ese tipo de personas que se dedican a esos rubros. En mi casa había los libros que hay en todas las bibliotecas: Coelho, Daniel Steel, Stephen King, o sea no había gran manera de llegar a la literatura. En los colegios tampoco. Antes la enseñanza que se daba en los colegios era mucho peor que ahora. Mi acercamiento fue más que todo por las historias. Con el proceso de contar una historia. Desde chico siempre he visto a los superhéroes en la televisión, siempre he querido contar la historia del héroe. La que me contaba historias a mí fue la televisión, ella fue la que engendró todo, allí aprendí qué es un final, qué es un desenlace, qué es un continuará, profundidad del personaje, todo ese tipo de cosas las fui aprendiendo inconscientemente, hasta el punto en que ya uno se acerca al final, se terminan los capítulos, los programas de la televisión. Uno quiere más cosas. Entrás a los cómics, entrás a la literatura... y cuando entré a la literatura ya no pude dejarla.

Luego vas comprando libros y crece este cariño, esta conexión, y al momento ya tenía historias en la cabeza y la manera más práctica de ver las cosas, como dice Betty, la practicidad que te da el lápiz y el papel para llegar, no necesitas todo un andamiaje, como el teatro o la televisión para llegar. Es solo tú y tu texto.

¿Hay algún personaje o alguna escena narrativa que los haya marcado?

S: Nunca voy a olvidar el choque que fue para mí leer *Conversación en La Catedral*, en la colección de Seix Barral. Descubrí a Zavalita y su pregunta mágica sobre lo que era el Perú y “en qué momento se había jodido”. Me sentí identificado con ese personaje. Vivía en un país donde uno ya no se preguntaba cuándo se había jodido el Perú, sino cuándo iba a dejar de joderse, porque se jodía todos los días. Ese fue uno de los principales personajes con los que me sentí muy identificado, aparte ambos teníamos la misma edad, habíamos ingresado a San Marcos, y habíamos pasado por una serie de exámenes de admisión similares. Era muy fácil identificarse con una persona que pensaba como uno, que sentía como uno. Ese es un personaje a quien yo creo haber leído en un momento en el cual para mí fue el ideal.

También recuerdo a otro personaje, recuerdo mucho al Martín de *Sobre héroes y tumbas* de Sabato. Este muchacho alto y un poco encorvado que caminaba por el parque Lezama con muchos cuestionamientos. Un chico sumamente tímido. Era inevitable para identificarme con él. Lo único que quería era encontrar a mi Alejandra, paseándome por un parque parecido al Lezama. Era un chico que sentía que me comprendía, yo sentía que vivía y padecía las mismas cosas que sentía en ese momento. Las mismas carencias, la misma falta de afectividad, el mismo tipo de problemas. Entonces de nuevo, fue una suerte de enganche inmediato con una persona que sentía que no solo tenía mi edad, sino

que tenía los mismos problemas, y atravesaba por las mismas preguntas metafísicas por las que él estaba pasando.

¿Volviste a leerlos a otra edad?

Exacto, volví a leerlos después y encontré otras cosas, me identifiqué con otros personajes. No con Martín, me identifiqué con Bruno ¿curioso no? Uno cuando ve una película o lee una novela, es distinto leerlo a una edad y luego volverlo a leer con el paso de los años. *Las obras siguen siendo las mismas, lo que pasa es que uno cambia, uno siente y uno piensa de manera distinta*, y es como si fuese un lector diferente, que lee esas novelas y que siente cosas distintas a como las sentía.

B: Qué curioso que Selenco haya mencionado a Martín de *Sobre héroes y tumbas*, porque lo primero que se me vino a la mente con la pregunta fue Alejandra, yo quería ser Alejandra. Hasta ahora me parece uno de los personajes más geniales que he encontrado. Me gustan las historias trágicas. Cuando yo la leí, sentí que era todo lo opuesta a ella; yo era alguien muy reservada y miedosa, y ella tan hábil y desenfadada. Cuando fui leyendo la novela, estaba totalmente enamorada de Alejandra porque era una persona conflictiva. Quería ser como ella, irme de madrugada a la playa como ella, desnudarme delante de un chico y molestarlo como ella lo hacía. Quería tener esa osadía, por eso no me consideraba un álter ego, sino alguien que quería ser. Durante buen tiempo me gustó mucho este personaje. Luego escribí un cuento, me acuerdo, sobre una chica que se quemaba ¿curioso no? Lo hice inconscientemente.

También me han marcado los personajes de Dostoievski. No me he identificado con ninguno en particular, pero Dostoievski tiene esa magia de crear personajes miserables que tienen todo un mundo interior al revés. En *Memorias de subsuelo* hay un monólogo sobre un tipo que está solo, que trata de estar contra el mundo y reflexionar sobre los conflictos internos que tiene consigo mismo. Ahí me he identificado un poco, aunque también parecía osado y era un personaje medio loco, siempre me ha interesado ese tipo de personajes que están mal y son tan desquiciados, como para salir y gritárselo al mundo.

E: El que me marcó recientemente fue un personaje del libro *Soldados de Salamina* de Javier Cercas. La novela trata de la época de la Guerra Civil española, cuenta que unos soldados hallan a un enemigo, este se escapa, el pelotón lo persigue, un soldado de este pelotón lo encuentra, le apunta con el rifle para matarlo y al final, por razones equis, no lo hace, aduciendo que no hay nadie, y se regresa con su pelotón. Un periodista trata de buscarlo para preguntarle por qué y al final nunca le contesta o le contesta otra cosa. No les arruinaré la novela contándola. Pero lo que yo entendí es que una sola persona pudo cambiar el mundo en esa época. No porque no le disparó sino por otra cosa. Me pareció la construcción de un héroe genial.

Otra novela, considerada una novela gráfica, está dentro de las 100 mejores novelas del siglo XX, *Los vigilantes* de Moore. El personaje, Roshard, es el héroe por excelencia, porque a pesar de matar gente y ser una bestia, en realidad tiene uno que ver todos los princi-

pios claros. En un diálogo que tiene con el señor Manhattan al final, le dice algo así: "Oye, pero esto ha servido para cambiar el mundo" y Roshard le responde: "Tú no debes cambiar tus principios, así venga el fin del mundo". Esa frase me marcó. Me dijo que todavía no había acabado la modernidad en algunos aspectos, todavía los héroes no eran ambiguos, aún podías encontrar este tipo de héroes que no caen ante ciertas tentaciones. Me pareció algo genial.

¿Te parece que hay una coincidencia entre los dos personajes que has nombrado?

E: Los dos personajes son rígidos a raíz del principio. Siempre me ha gustado ese tipo de personajes. Por más que en la realidad considere que no se puede ser así. Se podría decir que estoy en la escuela de Betty. Mis personajes favoritos son mi antítesis. Claro, eso es lo que buscamos todos ¿no? , que a veces nos contradigan, que nos digan que sí se pueden hacer las cosas cuando en la realidad te da un choque fuerte. *Buscas un modelo en el mundo de las ideas, que no se quiebra. Pero a veces, en la realidad no sucede esto.*

S: Dicen que la literatura te da lo que te falta. Una suerte de compensación de tus carencias reales. Limitaciones de la vida. Por ejemplo, en la novela: *Soldado de Salamina* el escritor se encuentra con Roberto Bolaños. Es una bonita remembranza. A mí, personalmente, me gusta más ese Bolaños que el de sus novelas. El Bolaños de la vida real es como el Bukowski que todos pintamos cuando somos jóvenes, y el Bukowski que en realidad fue.

¡Hasta eso te puede dar la ficción!

**¿Cómo son ustedes cuando escriben?
¿Tienen manías o un vicio, prefieren la
soledad total o algo así?**

S: En mi caso particular, no tengo la suerte de escribir todos los días. Pero coincido con lo que Sabato decía en *Abadon el exterminador*: Hay que escribir cuando uno siente que ya no puede más. Si uno va a escribir algo, dice Sabato, lo va a terminar haciendo sea lo que sea. Si uno dice que va a ser escritor, y al final de cuentas no escribe nada de nada, es porque en verdad lo único que tenía eran ganas, pero no el verdadero potencial. La escritura para Sabato es casi una cuestión religiosa. Implica la necesidad imperiosa de decir algo, y que si alguien va a decir algo va a terminar diciéndolo suceda lo que suceda, y la mejor manera es esperar pacientemente hasta que el cuerpo no te dé más, como un estado emocional extremo.

Yo lo he practicado muchas veces, he esperado hasta el momento en que ya no podía más. Entonces escribía, y comenzaba a escribir, siempre de noche por la tranquilidad. En las noches, sin ninguna manía. Solo prefiero escribir a mano. No sé, debe de ser una cuestión más emotiva, pero siento que las palabras tienen una suerte de gusto distinto cuando salen de la mano directamente. *No me gusta tanto cuando aprieto las teclas, sino cuándo vas dibujando las palabras como si la mano fuere una especie de vehículo de esa emoción intensa que uno siente*. Mi letra me sale horrible, sobre todo en esos momentos. Siento que la escritura incluso cambia de

forma de acuerdo con los estados de ánimo, pero siento que hay una suerte de gratificación extra.

Siento que cuerpo y mente fluyen de una manera armoniosa en el papel. Este es el primer momento de la escritura. Se puede llamar de muchas maneras, pero ese simplemente es el primer paso. De ahí viene el momento de reflexión. Después de la primera versión yo me olvido de lo que he escrito. Lo dejo ahí unos dos o tres meses y luego lo paso en limpio. Ahí comienza el trabajo verdaderamente literario. La selección de la palabra adecuada. El trabajo literario es eso precisamente: poner aquí, quitar allá. Hacer que las palabras fluyan con una musicalidad y ritmo que se adecue a lo que uno está contando.

B: En mi caso, cuando tenía 13 escribía mucho. Quizás porque me faltaba formación. Luego descubrí que mientras leía más y tenía más experiencia escribía menos. Por eso siempre tuve una fijación con ser organizada. Porque mi gran dificultad siempre ha sido mi dispersión. Duermo mal, tengo un gran problema con las horas, con la organización. Puedo ser muy aplicada en un curso pero no soy organizada. Por eso para mí siempre ha sido muy importante la disciplina al escribir. Pensar que tengo que escribir todos los días, sabiendo que a veces te sientas y no puedes. Parece que las palabras son ajenas.

Siempre he escrito en la madrugada, y siempre con la luz apagada. Si tengo alguna manía es escribir con la luz apagada. Cuando escribo en mi diario me gusta usar lápiz, no lapicero. No dibujo. Pero ahí apuntaba todas

las citas que siento demasiado mías. Era mi disciplina. También empecé a fumar, pero me di cuenta de que me hacía daño y no es una suerte de *cliché* sino una estrategia. Si dejaba el cigarro consumiéndose solo en el cenicero era que estaba muy prendada de lo que estaba escribiendo, si estaba fumando mucho es que no estaba haciendo nada. Luego me di cuenta de que en realidad el verdadero trabajo era cuando uno corregía. Cuando una está más lúcida. Usualmente ocurre que uno está extasiado y cuando terminas de escribir te das cuenta de que no era lo que tú esperabas.

Hay un cuento de Ribeyro que me encanta, se titula "Ausente por tiempo indefinido". Es sobre este chico que está tanto con los amigos que no puede escribir. Entonces decide ir a Chosica para escribir. Cuando yo leí eso pensé que yo también necesitaba un viaje. Luego, el chico sigue escribiendo y cree que la obra está yendo muy bien y se esfuerza tanto por alejarse del mundo exterior pero luego se da cuenta de que en realidad no hay un gran avance. Creo que Ribeyro aconseja que uno no se tiene que desconectar de todo, sino solo en el momento en que está escribiendo.

E: Yo escribo muy temprano. Yo me levanto a las 5 y escribo a las 5.15 o 5.20. Soy superordenado. Duermo a las 10.30 p.m. Sí, en realidad lo que dicen Selenco y Betty es verdad. Si tienes que decir algo lo vas a decir pase lo que pase. Respecto a mi proceso; bueno, primero que no he escrito nada desde hace un año. Hace un par de semanas que he vuelto a escribir, tuve un bloqueo. La

verdad es que la pasé muy bien sin escribir. Me levantaba tarde, a las 7 (risas); iuno tiene que ir a trabajar! Pero ahora volvió de nuevo. Volvió la mala costumbre de escribir. Yo siempre escribo con computadora y el teclado es más castigador que otras cosas. Porque en el teclado puedes borrar cosas. Te revientas la cabeza pensando qué está bien y qué está mal. La verdad es que lo máximo que puedo escribir en un día son cuatro o cinco líneas. Suele pasar que cuando crees que ya tienes algo listo, al final terminas corrigiéndolo más y más y más. La verdad es que el trabajo es casi el de un artesano. Tienes que tallar la madera y seguir tallando hasta que encuentras algo con lo que al menos tú te encuentras satisfecho.

Lo curioso es que ni siquiera puedes decir "este es mi texto y a mí me gusta así, así se queda", porque en el fondo las personas son bastante inseguras con respecto a lo que escriben. Tienes que mostrarlo. Porque eso que uno escribe para uno mismo es mentira. Como dice Selenco, uno escribe para decir algo. Quieres que te lean. La verdad es que necesitas la aprobación del resto. Necesitas que te digan si está bien o está mal, porque además uno no puede ser juez y parte de lo que ha escrito.

S: Es verdad eso que tú decías respecto al proceso de corrección. Uno nunca se siente satisfecho, y hay casos extremos de corrección. Por ejemplo, Pablo Guevara era el terror de los editores porque era capaz de ir a parar la impresión de un libro porque tenía que cambiar una palabra, y decía que despertaba a veces con una música distinta en la cabe-

za y otro día con otra melodía y tenían que cambiar otra palabra. En serio, es conocido el caso cuando él fue a la imprenta a parar la edición de un libro. Ya era un caso extremo. Pero recordaba lo que decía un escritor, *que no es que uno termine de corregir sino que uno se harta. Termina hartándose y lo deja. Ya no quiere ver el texto. No es porque esté satisfecho sino porque ya da cólera.*

Según ustedes, ¿qué elemento narrativo hace genial un cuento o una novela? ¿Un personaje bien hecho, la narrativa, un buen título?

S: Es una pregunta muy difícil. Yo estoy pensando en la adecuación entre fondo y forma. Lo importante es definir qué se quiere conseguir con un texto. Es muy difícil incluso verbalizar lo que un novelista quiere. Pero aunque sea intuitivamente, un novelista busca una forma para poder graficar eso que se puede nombrar como contenido. Como fondo. Para esto, mientras un escritor tiene una mayor gama de conocimiento de las técnicas narrativas le van a servir para poder expresar precisamente qué quiere decir y cómo lo quiere hacer. Creo que la efectividad está precisamente en esa adecuación entre lo que el escritor quiere decir y cómo lo dice. No puedo pensar en un estilo en especial que haga que un relato sea una obra maestra, sino que tiene que haber una correcta adecuación que se da a través de un trabajo constante. Hay novelas en que el diálogo es un elemento indispensable, pero hay otras en que no alcanza un grado de efectividad que sí lo tiene en otras obras.

Pienso en el caso de *El beso de la mujer araña* de Manuel Puig. Toda la novela está escrita prácticamente como un diálogo. Está hecha y descansa fundamentalmente en un empleo maravilloso de esa técnica. No hay voz en *off* ni nada. Solo es diálogo. En cambio, otro escritor al que nunca le he visto un diálogo es García Márquez. Sus diálogos son en realidad muy pobres, pero ahí lo que destaca es el lenguaje poético del narrador. Sus novelas no serían nada sin el narrador que te construye un universo real maravilloso.

B: Te puedo decir lo que me gusta a mí, o al menos lo que yo creo que es necesario. Por ejemplo, a mí siempre me ha llamado la narración directa. Me gusta la poética, pero creo que también existe la narración poética cuando es bien directa. Por eso quizás también me gusta Dostoievski, porque es bien directo. No te pone un adjetivo de más. Huidobro decía: "El adjetivo, cuando no da vida, mata". A mí me gustan mucho las narraciones directas. Por ejemplo, las he encontrado en Bioy Casares y sus cuentos fantásticos, o en Salinger.

También me encantan las historias de Faulkner, la carga social que hay en ellas me fascina. En cambio las historias de Hemingway no me gustan mucho. No me gusta el tema de los toros y eso. Pero me encanta la forma en que narra. Creo que un escritor perfecto sería la mezcla entre los temas de Faulkner y la forma de escribir de Hemingway. Por eso algo que busco siempre en mis cuentos es darles mucha vida a los diálogos. No contar la acción, sino que se sienta la acción.

E: Coincido en varios de los puntos de vista. Por ejemplo, hay cuentos de García Márquez que fueron llevados al cine y que no funcionaron; en cambio, la película *El beso de la mujer araña* es excelente. Bueno, Puig tiene esta tendencia a la literatura, que parece rosa pero en realidad es más. Sí, hay escritores que utilizan muy bien el diálogo. Hay escritores cuya voz narrativa te encanta, como es el caso de John Fante, que es un narrador espectacular. Es el único que te hace sentir algo en el pecho cuando lo estás leyendo.

Creo que está en la astucia de cada escritor. No es más que conocer sus deficiencias. Creo que eso es lo que los hace geniales. Ver en qué fallan más. García Márquez se da cuenta de esto. Creo que es consciente de todo y trata de no hacer hablar a sus personajes y los describe más. En el caso de Fante también. En el caso de Puig es un caso totalmente distinto. Hay novelas en que encuentras diálogos excelentes.

¿Qué libro les hubiera gustado escribir y por qué?

S: No sé si les ha pasado, pero he soñado que he escrito la novela o el cuento perfecto. Es más, cuando me levanté aún tenía el argumento en la cabeza y me parecía genial. Y hasta ahora lamento no haber escrito ese argumento en algún cuaderno. Pasó que el día siguiente, cuando terminé de despertarme, ya no me acordaba del argumento. Solo sabía que me hizo llorar de emoción, pero es una novela que pertenece al sueño. Yo quisiera escribir esa novela que soñé escribir alguna vez.

B: Tu pregunta es difícil y, la verdad, no sé la respuesta. Creo que todavía estoy esperando. Inclusive creo que ya sufrí demasiado con mis cuentos real maravillosos. Lo que pasa es que se ha hecho demasiado, y me pongo a pensar cómo le saco la vuelta a ese modelo, el esquema diario, la creación. Sea como fuere lo estoy buscando hasta que pase esta sequía, que quizá dure un año. Ojalá que no.

E: Yo quise escribir varias que he leído, lástima que solo las he podido leer. He querido escribir *El extranjero*, que creo que todos han querido escribir; *La hermandad de la uva*. Ese tipo de novelas, pero me ganaron (risas). Además, no creo que yo las hubiera podido escribir. Pero claro, Betty tiene razón. Hay una novela ideal que uno tiene en la cabeza y que nunca llega a escribir. La eterna búsqueda. Fácil al final eso es escribir.

¿Crees que eso podría ser la novela? ¿La novela del escritor que está en la eterna búsqueda?

E: Es que ya hay varias que hablan de eso. La verdad es eso. Creo que cada vez que tú tienes algo escrito que crees que lo tienes que dejar ahí, es porque sigues buscando hasta llegar al concepto de perfección que uno quiere pero que nadie llegó a alcanzar. Ni siquiera Cervantes ni Dostoievski, en sus cabezas, creo que nunca alcanzaron esa perfección, pero igual siguieron produciendo.

Si lo piensas, ese es el principal problema del artista. En realidad, el artista es un insatisfecho por naturaleza. Siempre vas a creer que pudiste haberlo hecho mejor pero la verdad

es que no y luego te atormentas durante años.

S: Pero esa idea, la originalidad en la novela de uno, ¿hasta qué punto será un ideal? Por qué la literatura está hecha de muchas repeticiones. Shakespeare toma argumentos de obras ya existentes. El *Fausto* de Goethe es una especie de refrito y es una novela magnífica tal cual la hizo Goethe. Es más, *Madame Bovary*, la novela fundadora del arte narrativo moderno, es una suerte de copia de *El Quijote de la Mancha*. Emma Bovary es una francesa que lee tantas novelas románticas que ella misma quiere ser una heroína de novela romántica. Alonso Quijano es un anciano que lee tantas novelas de caballería que él mismo quiere ser un héroe de novela

de caballeros. El argumento es el mismo. El problema no está en el argumento sino cómo plasmas eso. *Puedes sacarle la vuelta no al argumento sino al trabajo con la palabra, con la forma.*

E: Creo que uno conjura a todos sus autores favoritos y trata, pese a eso, de evitar sus presencias, en realidad uno pretende escribir en una forma única, esconder a Goethe o a Cervantes. Es como cometer el crimen y que a uno no lo encuentren con el cadáver. Es más, todos queremos hacer eso hasta que te vuelves una copia carbón, a pesar de saber que te estás mintiendo.

S: Es difícil. Por eso muchas veces se evita ser considerado escritor, es una palabra muy grande, intimidante, calzan pocos.